

Algunos llaman pesimistas a los que predicen que «aquí va a pasar algo gordo», y otros a los que dicen, como decía el difunto Sr. Dato, que aquí no pasa nunca nada. Otros, en cambio, más avisados y más en los designios de la Providencia—y eso que los tales designios son, por definición, *inexcrutables*, epíteto que sólo para ellos se reserva—, opinan que los verdaderos pesimistas son los que sienten que pase lo que pasare es como si no pasara nada, los que con Leopardi—el pesimista o, mejor, nihilista de verdad—repiten lo de:

...En nuestra Italia el canto nace del dolor. Pero menos grava y muerde el mal que nos tortura que el ahogo del tedio. ¡Oh, tu, dichoso, que el llanto te fué vida! Pues nos hace ceñidor el hastío y asentada en cuna y tumba nos está la nada.

Esto decía el pobre Leopardi en su canto a Angel Mai, cardenal, bibliotecario de la Vaticana, donde en 1819 descubrió los libros *De República*, de Cicerón; se lo decía por haberlos descubierto, y refiriéndose en ese pasaje al Petrarca. El Petrarca, que vivió setenta años y lleno de honores, fué el dichoso para quien el llanto fué vida; el Petrarca, que, como decía el gran portugués Camilo Castello Branco, tuvo la insolencia de sobrevivir a Laura treinta años. «Verdad es—añadía el pesimista y suicida novelador lusitano—que se sabe de algún poeta que haya muerto de hambre; pero de amor..., ¡ninguno!» ¿Morir de amor? *¿Morir d'amor?* Acaso sólo en Portugal. De lo que se muere alguna gente poco a poco, y así desde que nace, es de asco. O de sed, en medio del mar rodeado de su agua salobre, que llega al horizonte.

Hace poco leímos una carta que el caricaturista Sancha, de vuelta de Londres, dirigía a su colega en arte, Bagaría, carta que respiraba lo que solemos llamar optimismo. Y Bagaría, el que ve a los hombres como insectos, le respondía: «¡Qué alegría produce hallar un creyente amigo de la grandeza de nuestra patria! ¡Quién pudiera conseguir este optimismo, amigo Sancha! Mas temo (y ojalá me equivoque) que, con el tiempo, cuando vuelva a anidar en este suelo, cambie de criterio; que no basten a su ambición el bello sol de nuestra tierra ni los pintorescos ciudadanos que la habitan. Hay algo muy triste que vive debajo de lo pintoresco español: una acorazada insensibilidad que hace a los españoles sordos a todo interés de justicia. No quiero sacar a relucir ejemplos; todos, más o menos, los sabemos, y como unos se enredan en otros, correríamos el riesgo de hacer una lista interminable».

Esa «acorazada insensibilidad» no es ni optimista ni pesimista; está más acá, y no más allá, del bien y del mal. Es el «embrutecimiento moral» de que habla enseguida el sentimental Bagaría, que tiene, entre otros dones, el de lágrimas. Como que las más de sus caricaturas lloran.

Ahora, en lo que no conformamos con el buen amigo Bagaría es en que «el escéptico o el pesimista no hace; en cambio, el otro es el que produce». Al revés: el que las gentes del sentimiento común llaman pesimista es el que hace, y el otro es el que no hace. Y hace para matar su desesperación o su hastío, que suele encubrirse bajo lo que el siglo llama fortuna. Cham-

fort hizo su filosofía para vaciar en ella el desencanto de su dicha.

Y he aquí lo que se nos ocurre en estos primeros días del nuevo año de gracia de 1923, días de un cielo clarísimo y radiante de invierno. Y para este año deseamos a nuestros lectores habituales salud, trabajo y fe. ¡Y no paz! ¿Paz? ¡No! Y menos aún que paz, optimismo de real orden—o sea: R. O.—, o acaso de real gana. El optimismo oficial es lo más desolador que en España puede ser.

Y bueno: ¿qué es lo óptimo y qué lo pésimo? Esta sigue y seguirá siendo nuestra pregunta.

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Nuevo Mundo*, Madrid).

La disolución de la Gran Colombia

Bolívar resuelve dividir la Gran Colombia antes de la rebelión de Valencia.—La Confederación de los Andes.—El Libertador felicita a Páez.—Instiga la separación de Venezuela en 1830.—Su responsabilidad en la extinción de la Gran Colombia muy superior a la del León de Apure.

UN notable historiógrafo latino-americano publicó ha poco un estudio sobre la epopeya bolívariana, en el cual hace recaer sobre el General Páez la principal responsabilidad en la disolución de la Gran Colombia.

Un nuevo examen del período de 1825 a 1830 puede llevar a una distinta apreciación de la actitud de Bolívar y de Páez en aquellos tormentosos tiempos.

—
Era el año de 1825.

Las tierras del Sol eran despertadas de su sueño tres veces secular, por el hombre que tal vez ha conmovido más a la América, ahora en el cenit de su majestuosa popularidad.

Las impolutas coronas de las cordilleras andinas; las infinitas soledades de los mares del sur, y las vetustas capitales de los Incas habían sido los testigos de sus hechos, al frente de los aguerridos y valerosos hijos de Colombia. El Libertador era un Jefe hierático para los leones de Colombia; en el Perú, un pueblo agradecido le ofrendaba columnas de incienso, como en otros tiempos al Astro-dios; la gallarda Bolivia surgía al mandato de su voluntad de las cumbres de los Andes, pues debía superar a Alejandro que sólo dió su nombre a ciudades; los hijos del Río de la Plata imploraban su colosal poderío para resistir a los descendientes de los lusitanos; la Reina de los mares y la Unión Americana reconocían como hermanas a las naciones de que él era el alma; ideaba el Congreso de Panamá, al que asistiría un Continente, y en el Viejo Mundo el estrépito de su corcel de guerra evocaba algo de la admiración de los viejos días republicanos de Rivoli y Marengo.

No quedaba ya en la América del Sur una

pulgada de tierra en donde clavar el pendón de Castilla.

El Libertador veía delante de sí una empresa no menos ciclópea que la de la Liberación: el dar cohesión a las tres naciones que habían surgido a la vida independiente, afines por todos respectos y por la solidaridad creada en millares de angustiosos días de brega con el común adversario, y formar un Estado digno de equipararse con la Unión Americana, que había demostrado que de elementos menos homogéneos había nacido una colosal nación.

Desde Lima columbró el Libertador la influencia arrolladora que con el tiempo adquirirían los Estados Unidos en la América española, y trató de balancearla por medio de la Liga de las Repúblicas americanas, o por la asociación de las tres Repúblicas que su olímpico brazo hiciera brotar de entre las cadenas.

Bolívar era ya el Presidente de Colombia y el Perú, pero no podía ejercer influencia decisiva sino sobre el país en que residiera. Meses tras meses aguardaba las respuestas del Gobierno de Bogotá a sus solicitudes que, en varias ocasiones, como la de la invasión al Brasil, eran desatendidas. Al alejarse del Perú, tendría que renunciar al ejercicio del Poder supremo.

Regir a los incas, los caribes y los chibchas, sin ninguna traba, tal era su pensamiento en aquel tiempo. Sus oídos fueron halagados por las insinuaciones de políticos limeños, para que fundara un imperio a todo lo largo de los Andes, hasta los dominios del doctor Francia. Ideas antirepublicanas habían proferido ya los labios de Bolívar. Las maniobras monarquistas de los limeños coincidieron con las de Páez, Mariño, y otros influyentes venezolanos que